

LAS PASCUAS DEL AYUDANTE DE SANTA

Por: **Carlos Cortés Martínez**

Profesor de Escritura de ensayos de opinión y de
Análisis de textos de la Escuela de Ciencias Humanas.



Horst Damme en su taller. Aunque no puede ver, nos sorprendió la destreza con la que maneja su sierra. Fotos: Andrés Ortiz Valle y Camilo Jiménez Valbuena.

Siempre han dicho que los ayudantes de Santa Claus son unos duendes verdes, pero no es verdad. Horst Damme es alto, delgado y su cara ya refleja el pasar de los años. Fue galardonado con el premio Lápiz de Acero en el año 2009, otorgado por la revista Proyecto Diseño en la categoría "Vida y obra".



La casa de muñecas es uno de los juguetes que más recuerdan las colombianas que disfrutaron sus juguetes.

A las ocho de la mañana del 25 de agosto de 1972, se escucharon fuertes gritos en la fábrica Juguetes Damme. Los empleados no sabían qué hacer al ver el estado en el que encontraron a su jefe. Él había subido al tejado a arreglar un tubo y de repente, después de oír dos disparos, lo encontraron desmayado. Su rostro sangraba, los perdigones estaban regados por todos lados. Fue el primer atentado que le hicieron al mejor ayudante que ha tenido Santa.

Atrás quedaron los días en los que se trabajaba con tanta destreza la sierra, se fueron las tardes en las que se ensamblaban las piezas de madera en tan poco tiempo y no se volvió a ver a nadie lijar

con tanta experiencia. El disparo atravesó su ojo izquierdo, hizo añicos su nervio óptico, y Horst Damme quedó completamente ciego.

Pero el viejo carpintero no torció el brazo; no podía fallarle a Santa, el simpático abuelo que por tantos años le había dado trabajo. El pedido de los juguetes para los niños en Noche Buena por nada del mundo podía ser postergado.

Mandó a hacer unas reglas especiales que podía manejar por medio del tacto y volvió a encender las máquinas. Se volvió a sentir el liderazgo y la presencia de don Horst en la fábrica: “Menos charla y más trabajo” era el dicho del viejo, recuerda Julio Ballén, uno de sus empleados.



Los cubos de letras, los carros y el caballo que lo hicieron famoso entre los niños colombianos.

Su responsabilidad era inmensa. En el pasado quedó aquel maratónico diciembre en el que se sacaron doscientos caballos: todos bien lijados y pintados. Cada año nacían más niños, y por supuesto, era necesario fabricar más regalos.

Pero en el mes de septiembre del año 1974 apareció otro obstáculo. Marcaban las seis de la tarde, Horst estaba sentado en su oficina y de repente se escucharon pasos sobre las tejas: se trataba de otro atentado. Un tubo se atravesó en la trayectoria y desvió el disparo. Aún no era su hora: San Nicolás lo necesitaba vivo y coleando o mejor dicho, activo y trabajando.

Como si se tratara de una de esas cartas que los niños le escriben a Santa y que los padres guardan tan celosamente, el señor Damme conserva con orgullo sobre un plástico tintero la bala que le dispararon. “En ambas ocasiones se trató de un vecino; necesitaba este inmueble para ampliar su empresa y yo no se lo quise vender. No creo que haya tenido otro motivo”, comenta cuando intenta explicar el por qué de los atentados.

Solo hasta el 7 de diciembre de 1995, en vísperas de Navidad, Horst Damme tuvo que dejar de trabajar. Después de discutir con un comprador, su corazón no aguantó más; vino el infarto y la producción en la fábrica se tuvo que parar. Cinco de sus arterias se taponaron, pero los rezos y oraciones hicieron el milagro y los médicos pudieron reanimarlo. Después de esa fecha los colombianos seguimos teniendo camiones, juguetes y caballos para rato.

A Horst Damme nunca lo invitaron a la fábrica de Santa para que aprendiera su oficio; lo aprendió por necesidad: estaba cansado de que año tras año los obsequios de Navidad siguieran embolotados. En Alemania, a su padre cuyo oficio como mesero en diferentes restaurantes y las reuniones del partido social-demócrata lo mantenían ocupado y, por lo tanto, nunca hubo regalos. Tampoco fue fácil sobrevivir a Hitler y a sus soldados.

En Berlín trascurrieron sus primeros siete años y la década del treinta le dejó varios rastros; re-

cuerda a su madre tapándole la boca para que no gritara: “Ahí vienen los nazis, llegaron los nazis”. Conserva en su memoria la imagen de los soldados tocando la puerta, mientras su padre se escapaba por los tejados de las otras casas, y mantiene en su cabeza las requisas que hacían los muchachos de la esvástica: “Plata o cualquier cosa de valor, se la llevaban”.

No podrá olvidar la noche que cruzó la frontera alemana: su padre ya había abandonado el país y los esperaba a él, a su hermano y a su madre en Checoslovaquia. “A media noche dos señores se identificaron con una clave; mi madre cruzó por un lado con uno de ellos y el otro señor, mi hermano y yo caminamos por otro. En ese país duramos cuatro años. A mi hermano lo sedujo el comunismo y decidió irse para Rusia; y después de mucha espera, a mí y a mis padres nos embarcaron rumbo a Latinoamérica”.

También mantiene en su cabeza la imagen del único juguete que trajo a Colombia: un trencito de madera con dos vagones, en los que cargaba puñados de arena y algunos palos.

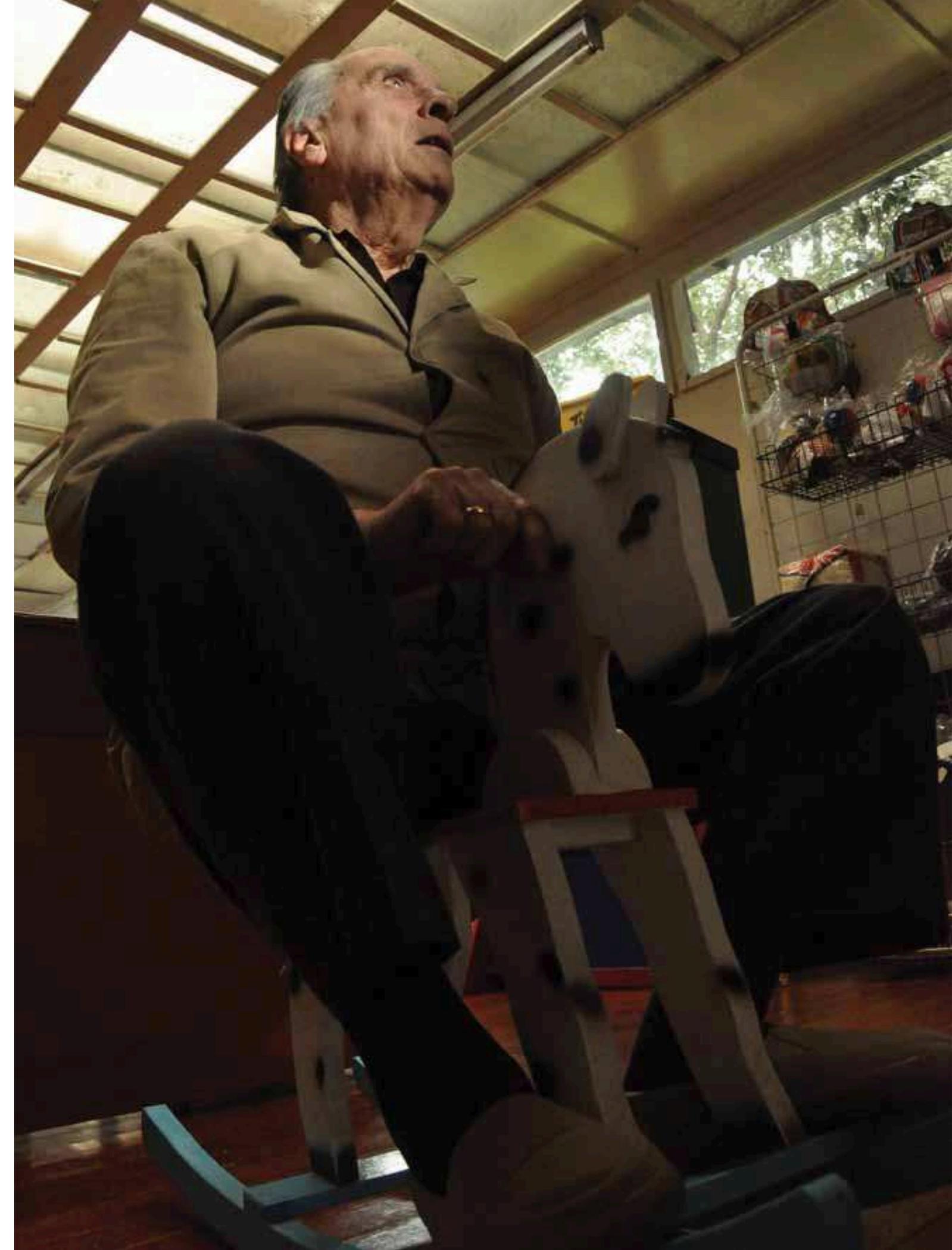
Una vez instalados en Bogotá y mientras su padre, el señor Willy Damme, administraba el Polo Club y en su tiempo libre tallaba algunos troncos para darles forma de zorras, carretillas o carros; el niño que rozaba los ocho años tenía a su cargo las pesebreras, cortar el pasto, montar los caballos, llevar el heno para los establos y cilindrar el campo.

En su niñez, una carretilla de madera fue lo único que Horst recibió de su padre como regalo. Por eso las noches las dedicaba a cortar, lijar y encajar las piezas de madera que solo después de dos semanas se convirtieron en su primer carro. Hizo lo posible para romper con el dicho: “En casa de herrero, azadón de palo”.

En los días de invierno, cuando no había polo, el padre de Horst pasaba las tardes tallando juguetes que luego adornaban las mesas de su despacho. Los socios del club se enamoraron de los maderos con formas de carros, empezaron los pedidos y con ellos el negocio de fabricar regalos.



El joven Damme y sus padres en territorio colombiano.



Juguetes Damme se inauguró oficialmente en febrero del cuarenta y nueve. Desde esa mañana, la industria de Santa Claus tuvo sucursal en Colombia: una franquicia de más de seis décadas en la que han trabajado más de quinientos empleados.

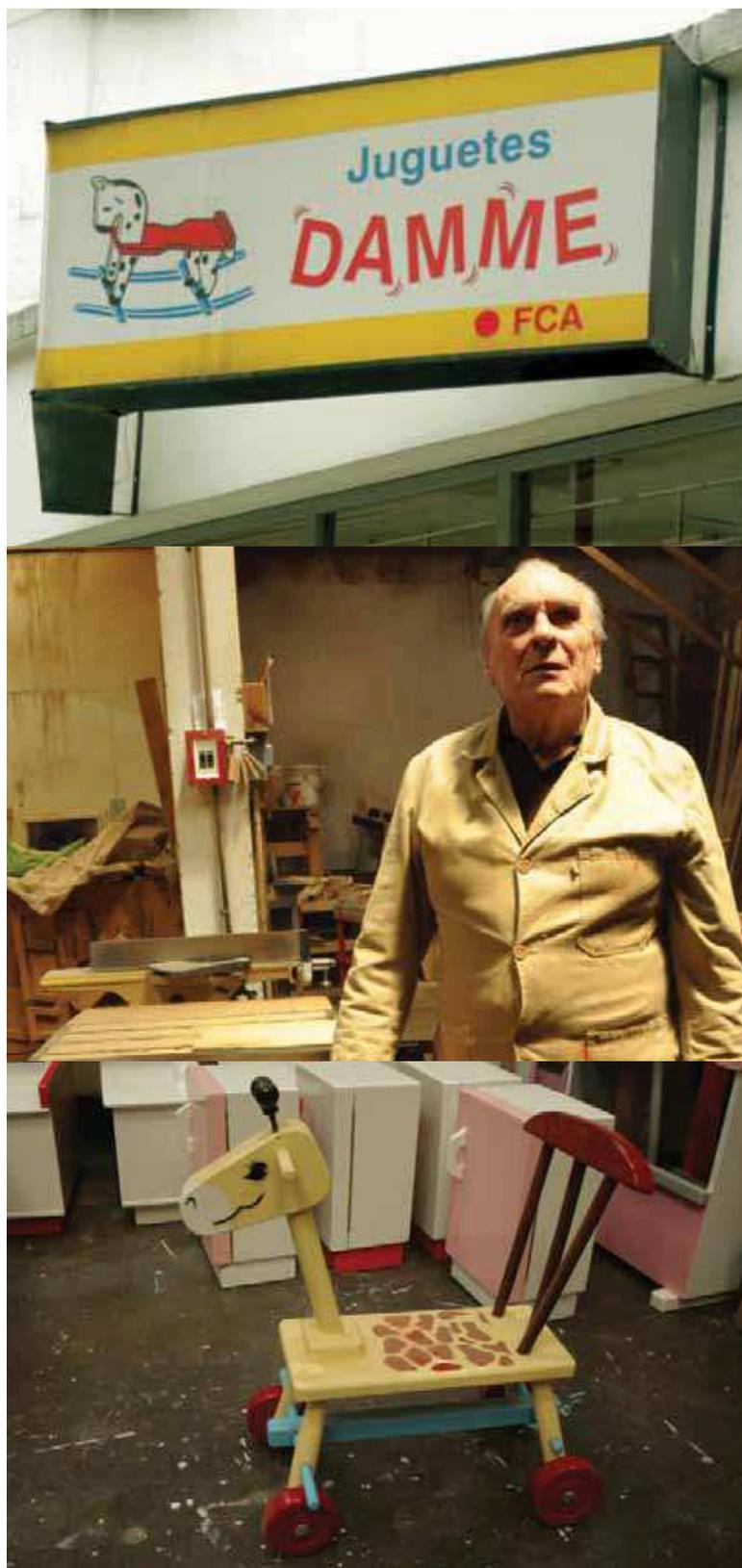
Entre ellos, María Jovita Pedraza o Yolanda, como se le conoce familiarmente. Contaba diecisiete años cuando fue contratada para pintar las piezas de madera que salían del salón de ensamble. No se parecía en nada a las hadas que supuestamente le ayudan a Santa: no usaba zapatos en punta, tampoco tenía las orejas estiradas; pero con el pasar de los años se convirtió en la compañera del ayudante de Santa.

Cuenta doña Yolanda que una tarde, mientras trabajaba, tuvo que empinarse para bajar una pintura de un estante y al levantar los brazos, la falda se le subió; dice que don Horst, al ver la falda negra, los cancanes rojos y sus piernas blancas, se enamoró. “¡Y quién no!”, asegura don Horst, “ante semejante exhibición”.

En un principio el señor Damme se contuvo; estaba casado. Pero las ganas pudieron más que el miedo y el pudor no le duró mucho tiempo. “Nos fuimos a dar una vuelta; bajamos por la calle 26 y cogimos una carreterita por los lados de El Dorado. Terminamos frente a un trigal; nos dimos un beso y luego pasó lo que tenía que pasar. Fue en la mañana del 7 de agosto de 1970; nunca se me olvidará”, recuerda el carpintero de origen alemán.

En las mañanas sale a pasear en compañía de Yolanda y las tardes las pasa en su poltrona, escuchando los diferentes ritmos de la música colombiana. Hoy cuentan ya 40 años de amores y cuatro hijas. Una extraña enfermedad le quitó el equilibrio y no pudo volverse a parar frente a la sierra a hacer lo que más le gusta: cortar.

Hoy su fábrica está abierta al público. Sigue haciendo sonreír a los niños colombianos y los adultos lo recuerdan con cariño, pues él hace juguetes que duran toda la vida.



A pesar de los quebrantos de salud de su dueño, la fábrica sigue en pie y continúa produciendo.